

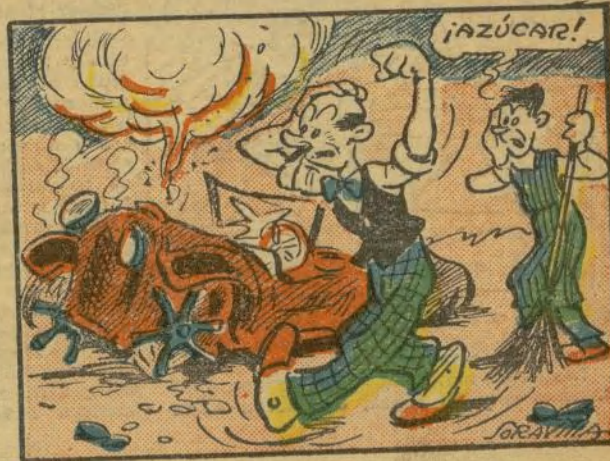
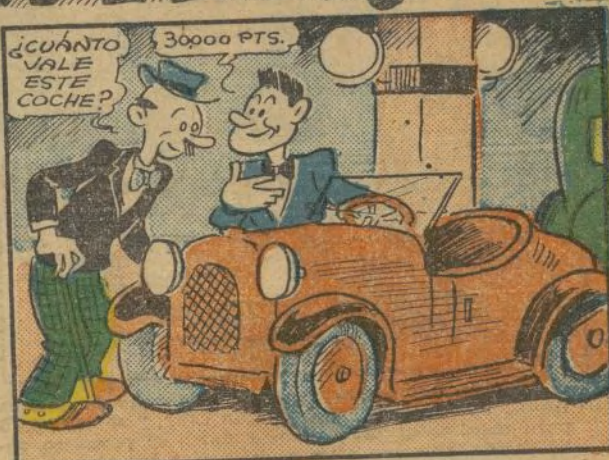
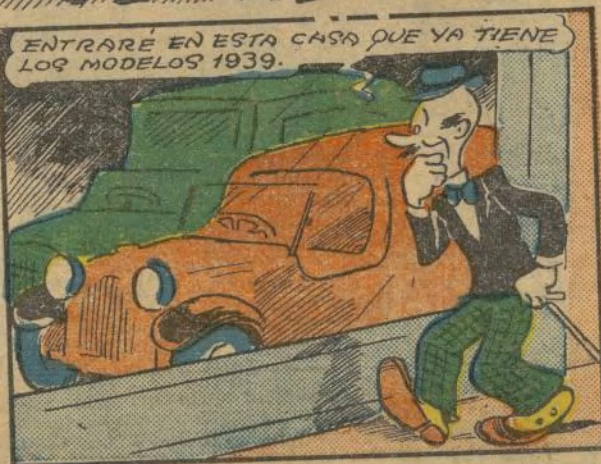


AÑO VI.—NUM. 266

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los Jueves)
MADRID.—ALFONSO XI. 4.—APARTADO 466

10 de enero de 1935

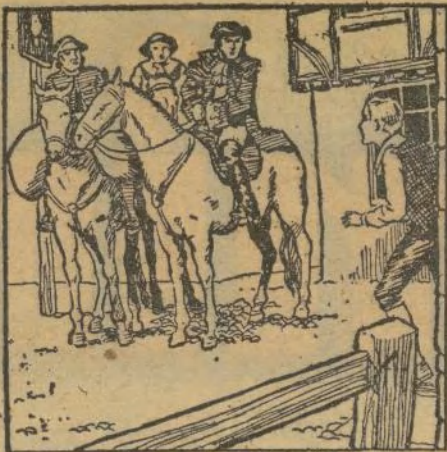
EL AUTOMOVIL DE DON FLORIAN



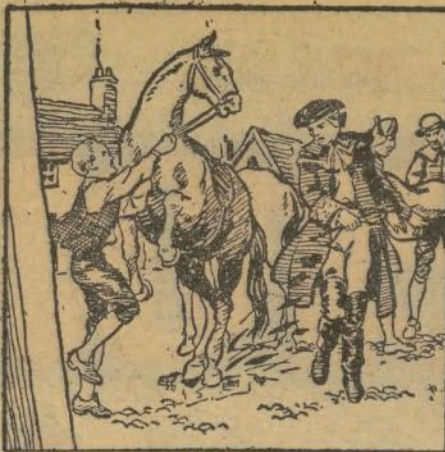


Emocionante novela ilustrada

Tomás era un huérfano que prestaba sus servicios en la "Posada del Buho Blanco". Con la llegada a ella de Sir Roger Waverly comienzan para el muchacho las impresionantes aventuras que leeréis en esta interesante narración.



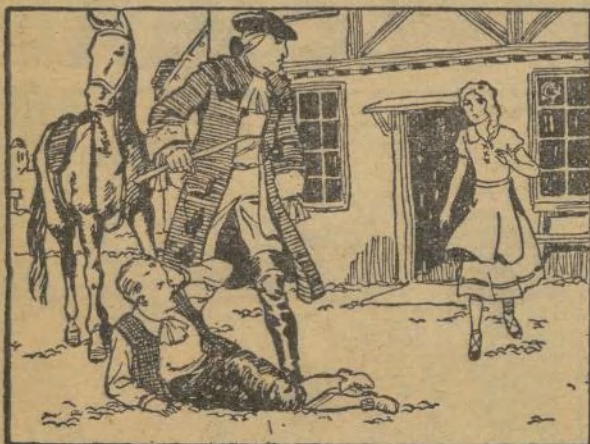
En la mañana del 5 de abril de 1735, tres jineteres, cubiertos de polvo tras un largo viaje, turbaban la paz de la famosa "Posada del Buho Blanco", pidiendo a voces, al entrar en el patio, un mozo para que se hiciera cargo de las cabalgaduras.



Apareció entonces Tomás, un muchacho de pocos años, y cogió las bridas del caballo que montaba el caballero principal. Pero el caballo se asustó y comenzó a patear en un charco, salpicando el barro en todas direcciones.



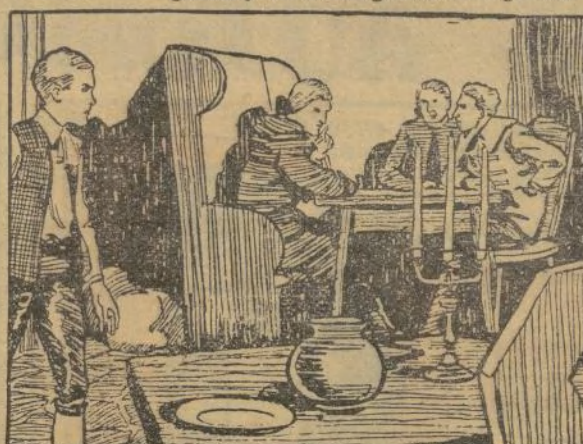
Lanzando un grito de ira, Sir Roger se lanzó sobre el muchacho y le golpeó en la cabeza con su fusta, hasta derribarlo en el suelo. "Toma—exclamó—, para que aprendas a tener más cuidado y sepas cumplir tu obligación y tratar con gentes distinguidas.



En aquel momento salió corriendo de la posada Anita, la ahijada del viejo Natán Lear, y se incorporó para auxiliar al muchacho, a quien el posadero solía maltratar como a un esclavo. Con los ojos anegados en lágrimas, salió en defensa del caído.



"Pobre Tomás"—murmuró al oírle quejarse angustiosamente. Ambos se incorporaron para alejarse de allí y vieron al posadero que se había acercado y miraba al muchacho airadamente. "Largo de aquí, torpe; no sirves para nada bueno"—le dijo.



Perturbado por tan cobarde agresión, Tomás entró en la posada. Todos le trataban siempre duramente. Tan sólo Anita le mostraba cierta simpatía y compasión, y él sabía corresponder a este afecto, único que había conocido en su vida.



Algunos minutos después Tomás servía a los viajeros la comida que habían pedido. Junto a la mesa en que los tres huéspedes se sentaban, hablando en voz baja y sigilosamente, habían mandado poner un saco que habían traído en una de las cabalgaduras.



De momento, Tomás no reparó en el saco, pero al pasar junto a él, de regreso hacia la cocina, creyó advertir que se movía ligeramente. Lo miró con detenimiento y percibió un claro movimiento, como si un ser vivo se hallase dentro encerrado.



Por un momento quedó indeciso, sin saber si gritar y referir lo que había advertido. Luego, lanzando una rápida mirada hacia Sir Roger, se precipitó hacia el saco y, lo desató. Y vio asomar la cara de un hombre amordazado. (Continuará.)

La princesita rana

El hijo del rey cabalgaba por el bosque, caballero en su hermoso alazán, precedido de varios de sus pajes, que abrían camino entre la floresta. De pronto, al cruzar un claro del bosque, en el que ha-



bía una charca, saltaron asustadas varias ranas, que espantaron al caballo que montaba el príncipe.

Los pajes, indignados, comenzaron a estacazos con las ranas, e hicieron entre

ellas una verdadera carnicería. El hijo del rey, que era compasivo y bueno, llegó en aquel momento y ordenó al instante que cesara aquella carnicería. Apeándose de su caballo, el joven contempló aquel destrozo, y sus ojos vieron a una ranita, la más diminuta de todas, que de un salto se había subido encima de su bota y le miraba como si quisiera pedirle piedad.

El príncipe agachándose cogió a la ranita y le dijo, como si esta pudiera entenderle: "No temas, ranita, no te haremos mal". Y acto seguido, el caballero besó al animalito. Y el beso del príncipe operó un prodigio maravilloso: la rana saltó de su mano y, al tocar el suelo, quedó convertida en una joven de belleza deslumbradora. Todos quedaron sumamente sorprendidos ante tamaño prodigio, y la joven habló para dar rendidamente las gracias a su salvador, explicándole que el Brujo de los Bosques le había convertido en rana desde hacía tres años. El príncipe llevó consigo a la joven y, prendado de su gentileza y buenos sentimientos, se casaron en medio del general regocijo, no sin que antes le hubiera advertido la princesa que su

encantamiento no había cesado y que de nuevo se convertiría en rana, así que viese un estanque.

El príncipe dictó un bando, ordenando que se cegaran todos los estanques del país, y mandó construir para su esposa un palacio en el que los estanques eran



figurados, y en lugar de agua tenían un reluciente espejo.

Mas el Brujo del Bosque, que odiaba

a la feliz pareja, se disfrazó de arquitecto, construyó el palacio, y en el jardín hizo un estanque, el cual llenó de agua, tapando el líquido con un espejo. La princesita se sentó una tarde al borde del estanque maldito y, entonces, el brujo, esta vez disfrazado de guardia real, dió con la lanza en el espejo y quedó al descubierto el agua. La princesita lanzó un grito de espanto y cayó en el estanque convertida en rana.

Su alarido de triunfo se le ahogó en la garganta. Del estanque comenzaron a brincar ranas y más ranas, que se lanzaron sobre el infame. Docenas, centenares, miles, millones de ranas mordían y arañaban al Brujo con furia salvaje. En aquel momento apareció el príncipe, y al ver la escena, no dudó de que aquel guardia era el Brujo y, aullando de rabia, desenvainó su espada y atravesó el cuerpo maldito del Brujo, que rodó sin vida.

Todas las ranas se convirtieron entonces en alrosas jóvenes y apuestos donceles, y entre las primeras descubrió el príncipe a su adorada esposa. Y muerto el Brujo asqueroso, la paz y la prosperidad reinaron en aquel país, donde la princesa rana y el príncipe vivieron felices y dichosos.

—: F I N :—

PASATIEMPOS



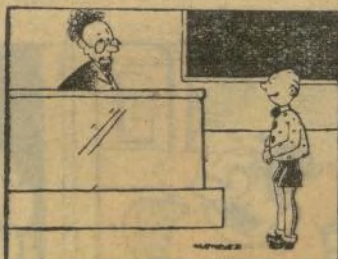
Caso de incendio, ahí tiene usted esa escalera para que pueda salir por la ventana a la azotea.



He aquí a Terre-Moto perseguido por la mula barbiana, visto por Jesús Porrilla, de doce años, y natural de la Parrilla. ¡Qué barbaridad!



—¿Que te pasa, hombre, que te encuentro triste y con mala cara?
—Que he estado en casa del dentista y...
—¿Te ha sacado una muela?
—Sí; ¡y cuatro duros!...



—Vamos a ver, Luisito. Si tu papá va de caza y tira a cinco liebres, tres conejos y dos perdices, ¿cuántas piezas ha matado en total?
—Ninguna.
—Entonces, ¿tú no sabes su mar?
—Sí. Pero mi papá no sabe Mrar.

LA AVARICIA ROMPE EL SACO



Pincho y Pancho eran dos soberbios tunantes, que se perecían por fumar. Y he aquí que cierto día, al acercarse en direcciones contrarias, se puso ante su vista medio cigarro haba-



na que acababan de arrojar. En parecidos casos la prudencia aconseja siempre que se parta el hallazgo a partes iguales, y la avaricia aconseja, a su vez, que no se parta ni con su



padre. Pincho y Pancho, que eran avariciosos, decidieron seguir los dictados de la avaricia y se arrojaron en "plongeon" sobre el puro. Mas fue tal la violencia del lanzamiento, que los



dos bribones se estrellaron uno contra el otro, quedándose "groguis", minutos que aprovechó un honrado trapero para pinchar lindamente el puro y quedarse con él. Pincho y Pancho,



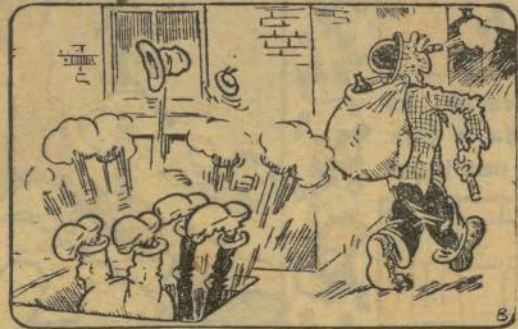
que como buenos avariciosos eran vengativos, decidieron vengarse del trapero, y le arrojaron a su paso una cáscara de plátano, en la que el fumador pegó el patinazo y entró en barre-



na, tan violentamente, que el saco saltó por los aires y fue a caer precisamente sobre las cabezas de los dos pillastres, que a su vez rizaron el rizo, y vinieron a dar con sus huesos



sobre la plancha que tapaba una alcantarilla, y hundiéndose la plancha cayeron a darse un baño de agua sucia, mientras el saco y el puro, describiendo una elegante semicircunferencia,



venían a depositarse en los hombros y en los labios, respectivamente, de su dueño, el cual siguió su camino tranquilamente, olvidándose de aquellos avariciosos

AMENIDADES



Vean ustedes esta jirafa, y si la emoción no les hace tartamudear es que no comprenden el arte. Este arte maravilloso de Mauricio Liso Gisport, de Lérida, y con nueve años más "salaos" que un kilo de mojama.



—Después de las comidas me da mucho sueño. ¿Qué me mandaría, doctor, para no dormirme en la mesa?
—Pues... que se meta usted en la cama.



¡Olé tu gracia gitábana! Aquí tenéis a Félix conduciendo su magnífico coche de carreras que, por obra y gracia de la pluma maravillosa de Pepito Azpeitia, se ha encontrado nuestro popular y gracioso personaje.



El Príncipe y Repollo cabalgan en Pegaso, y José Manso, pequeño gran dibujante, les ha sorprendido y nos envía esta preciosa reproducción.



Suceso maravilloso en un árbol misterioso.



Mientras Pancho dormitaba su merienda se esfumaba.



Un "caco" que es una prenda escapa con la merienda.



Mas viéndose perseguido, en otro árbol se ha subido.



Al vecino Sandunguera se le ha antojado una pera



Al peral, nuestro vecino, tira una piedra con tino.



La merienda cae al suelo dejándole medio lelo.

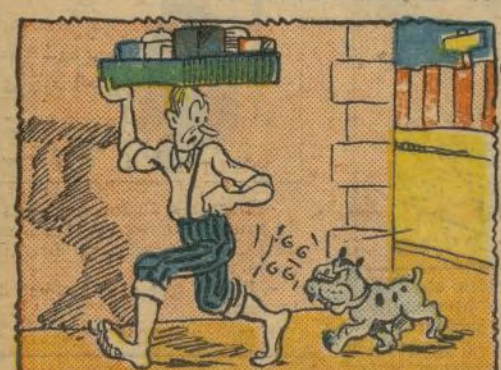


Y fué un prodigio asombroso el de aquel peral frondoso.

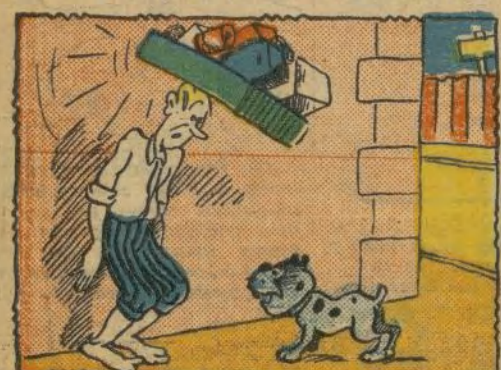
CASCARILLA ES UNA ARDILLA



Cascarilla había encontrado empleo, como chico para llevar recados, en una tienda de comestibles. En su



primer viaje le salió al paso un perrito, que parecía estar decidido a darle un disgusto, pues se había enamorado



de los comestibles de Cascarilla. El perrito acorraló a Cascarilla, y este, asustado, buscó refugio en una tapia.



con tan buena fortuna, que al tropezar contra la pared los comestibles vinieron al suelo, y el perrito encontró su justo castigo.



La cotorra parlanchina, ave fenix de los anuncios vivientes, proseguía su tarea de anunciar por doquier (qué palabra tan bonita)

HAZAFIAS AL ALIMÓN DE



Igual que se firmó la paz después de la guerra europea, los pilluelos y Terre-Moto firmaron el armisticio, aunque al pobre capitán, después de tanta pelea, le había quedado un dolor en los riñones como para él solo.



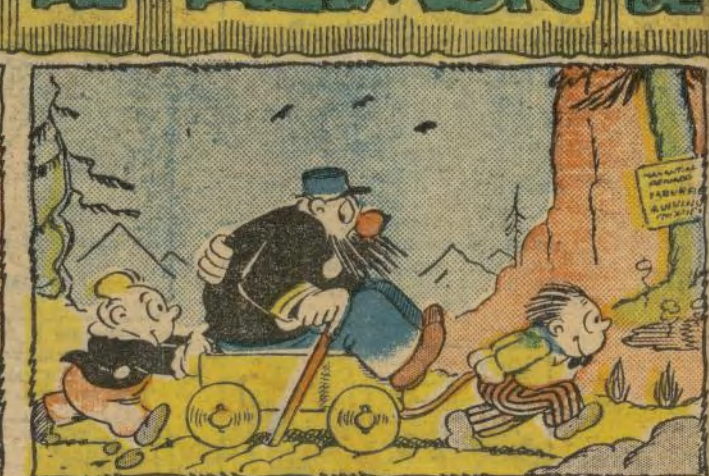
El pobre arrinconado notaba mucho alivio con aquel baño caliente, pero lo que no notaba es que los pilluelos le habían abandonado y subían ahora por la montaña conduciendo en el carrito un barril de harina.



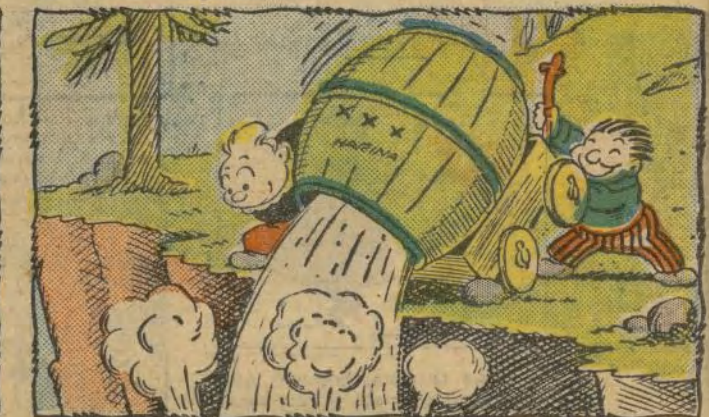
A tientas, tropezando, cayéndose, levantándose y volviendo a caer por zanjas y baches, como en la letra de la célebre java, el rebozado consiguió salir del manantial sin explicarse qué era aquello que le ocurría.



aquella cola, marca cemento armado, que ella había hecho famosa. Y Sinforoso decidió comprar un tarro para pegar bien un jarro.



Terre-Moto, acompañado de Tarugo y Perdigon, subió a la montaña en busca del sabio adivino y curandero, y éste le recetó que se diera un buen baño en el manantial de aguas calientes, adonde le llevaron los pilluelos.



Y una vez que se hubieron colocado estratégicamente los dos angelitos, volcaron de golpe y porrazo el barril de harina sobre el bañista y antiguo aliado, de quien nuevamente se declaraban enemigos por los catorce reales.



Mamá Tecla, que tranquilamente cosía un libro después de haber leído unos calcetines, dió un grito de espanto al ver aparecer de improviso al rebozado, al que tomó por una edición chorreante del duende zaragozano.

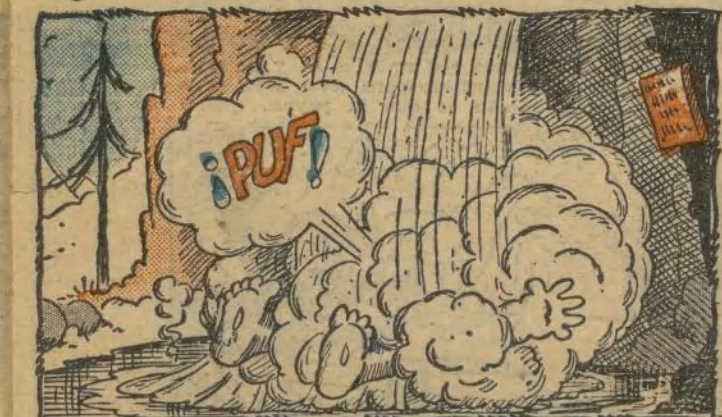


En su casa con la cola entró el buen hombre aquel día, y el nene de Sinforoso se prendió del tarrito.

TARUGO Y PERDIGÓN



Una vez ante el manantial, los hermanitos ayudaron a desnudarse al marino, que estaba hecho polvo; pero, aunque ya eran amigos, le exigieron catorce reales por barba por haber hecho aquel trabajo, según las bases.



El contenido del barril cayó sobre el desventurado capitán, que no sabía si es que se derrumbaba la montaña o que al borde del precipicio habían estornudado veintisiete hipopótamos, levantando tanta polvareda.



Pero así que se dió cuenta de que el duende no era otro que Terre-Moto, cayó el chambergó, requirió la escoba, se fué a él como una pantera y organizó en la cabeza del rebozado una asamblea de golpes a la mar de concurrida.



Y como el nene, además de tener la cabeza muy gorda, tenía sus más y sus menos de animalito, volcó el tarro en el sillón de su papá.

REPOLLO CARA DE BOLLO



El capitán dijo que él no respetaba bases de trabajo y que le dejasen en paz, que bastante trabajo tenía él con el dolor de riñones, y los pilluelos entonces decidieron romper la paz, y se escaparon con la ropa.



Pero pronto, y por su mal, se dió cuenta de que estaba totalmente rebozado como una chuleta de cordero, y rugiendo de ira comenzó a maldecir de aquellos pilluelos, que le habían convertido en un plato de menú casero.



Y el triste y doliente capitán, con los riñones salteados, el cráneo hecho puré y el cuerpo rebozado de harina, requirió el auxilio de Barba-Cana, mientras juraba en su interior vengarse sangrientamente de Tarugo y compañía. (Continuará)



El papá no se fijó y se sentó sobre la cola, no dándose cuenta hasta que una llamada urgente del teléfono se lo puso de manifiesto.

REPOLLO CARA DE BOLLO



El feroz marinero la tenía tomada con Repollo, a quien pensaba patear el cráneo, pues le tenía mucha envidia a causa de lo que el capitán distinguía a nuestro amigo. Repollo olfateó el drama, y como no le hacía



gracia el que le pateasen, pintó en una plancha de acero, que puso sobre la ventana del camarote, su efigie sa-



lerosa. El marinero aprovechó aquella ocasión y le "metió" el brazo a nuestro amigo, sucediendo lo que veis dibujado.

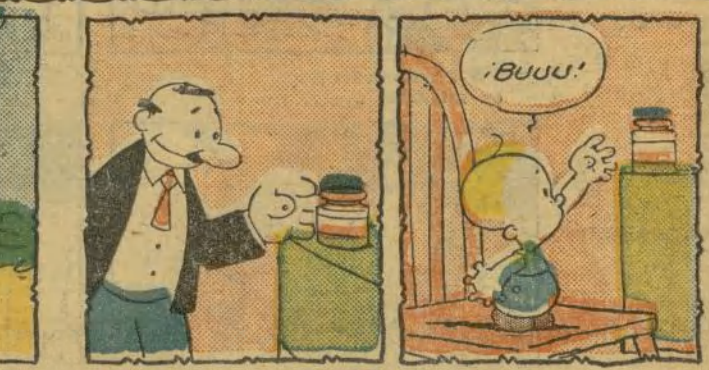


Y he aquí la forma en que don Sinforoso tuvo que acudir a la llamada telefónica, por obra y gracia del animalito del nene

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



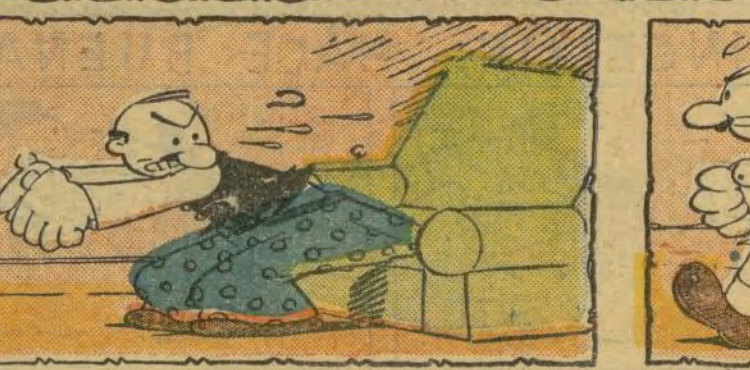
La cotorra parlanchina, ave fenix de los anuncios vivientes, proseguía su tarea de anunciar por doquier (qué palabra tan bonita)



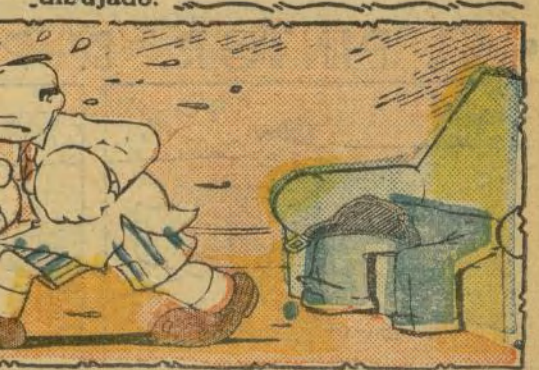
En su casa con la cola entró el buen hombre aquel día, y el nene de Sinforoso se prendió del tarrito.



Y como el nene, además de tener la cabeza muy gorda, tenía sus más y sus menos de animalito, volcó el tarro en el sillón de su papá.



El papá no se fijó y se sentó sobre la cola, no dándose cuenta hasta que una llamada urgente del teléfono se lo puso de manifiesto.



Y he aquí la forma en que don Sinforoso tuvo que acudir a la llamada telefónica, por obra y gracia del animalito del nene

Resumen de lo publicado:
El trapecista Bepo maltrata de continuo a su pupilo Antonio. Por una desobediencia le deja sin cenar. Rosa le lleva comida a escondidas, y en esto, oyen que Bepo se acerca.

COMPANEROS DE CIRCO



Antonio mira en torno suyo angustiosamente. "¡Detrás de esas cortinas!"—dijo indicando un rincón del carro. Rosa desaparece tras ellas precipitadamente. Antonio, entonces, esconde los platos de su cena, colocándolos en un vasar con otros.



Bepo arrimó su sillón a una pequeña estufa, mientras Antonio, temiendo a cada instante que su tutor se acercase a las cortinas y descubriese a Rosa, se ocupaba en secar la vajilla que había fregado por la tarde.



"Pronto, muchacho", gritó Bepo. "Si no lo encuentras al momento, tendré que enterarme por qué". Y se retrepó indolentemente en el sillón, mientras el corazón de Tony latía violentamente, buscando el diario perdido. Súbitamente, Bepo saltó de su asiento.



De pronto, vio Antonio horrorizado que Bepo se dirigía decididamente hacia las cortinas. Un grito involuntario se ahogó en sus labios. Bepo agarró las cortinas, y Antonio se preguntó qué iba a suceder allí entonces.



Un momento después, Bepo entraba en el carro. Con agitación nerviosa, Antonio se puso a secar unas tazas de té. Bepo le miró recelosamente, y mascullando una imprecación, se dejó caer en un sillón. Antonio respiró más tranquilo y prosiguió su tarea.



Bepo cebó su pipa y la encendió. "Dame el periódico", ordenó secamente. Antonio se apresuró a buscarlo en el rincón, donde solía estar, pero con gran alarma vio que no estaba allí, y comenzó a buscarlo atolondradamente por todo el carro.



Se dirigió rápido hacia Antonio, que retrocedió asustado, y le dio una sonora bofetada que le hizo tambalearse. "Para que no seas tan cachazudo", gritó. Y se puso a registrar por todas partes, buscando el periódico.



Bepo sacudió las cortinas y las apartó a un lado. Antonio contenía la respiración, hasta que rompió en su suspiro de alivio. Rosa había desaparecido. Una ventana abierta indicaba por dónde. Y allí mismo, detrás de las cortinas, estaba el periódico.

EL FRACASO DEL PAYASO



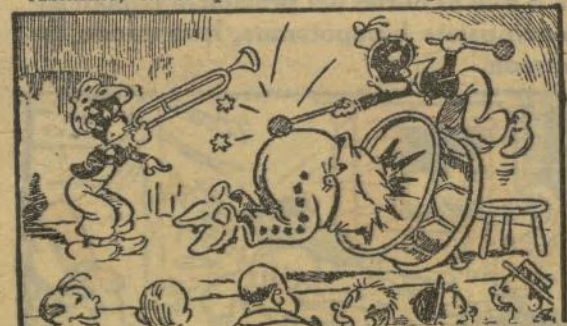
El payaso del circo contrató a los dos simpáticos negritos para que tocasen a la puerta del circo, mientras él bailaba para hacer la llamada



del público. El payaso era un vivales, y no pensaba pagar a los negritos; pero éstos eran unos supervivales y sabían lo que el payaso quería



hacer con ellos; así es que, dispuestos a cobrarse "en madera", comenzaron a tocar con gran entusiasmo, tanto que uno de ellos agarró al pa-



yaso con el trombón y le hizo caer de cabeza dentro del bombo, mientras el otro músico siguió "dándole al parche", que ya veis que era bastan-



te voluminoso. Y cuando el payaso quiso atizar a sus burladores, éstos ya habían puesto tierra por medio, mientras le decían: "Para que otra vez quieras lucirte a costa nuestra..."

• EL PINTOR D. PINCELÓN, HACE BUENA ESTAMPACION •



A don Gumersindo, que se parecía por los trajes nuevos, le habían confeccionado uno del que estaba muy disgustado porque él lo había querido a cuadros y



se lo habían hecho liso. Para calmar su disgusto se fué de paseo al parque, y quiso su desdicha que se sentara sobre un banco recién pintado, el cual dejó



sus huellas sobre el terno flamante. Mas para bien de don Gumersindo estaba por allí el célebre artista Pincelón, y éste, aprovechando las manchas de pintura, le



dejó a don Gumersindo un precioso traje a cuadros, precisamente como el que anhelaba el buen señor, quien gratificó espléndidamente a Pincelón,

DON SIMPLÓN Y DINAMITA



Los heroicos policías, seguidos de nuestros amigos, iniciaron la aventura adentrándose con ánimo sereno en lo profundo de aquel pasadizo secreto, morada del feroz bandido.



El feroz bandido, mientras tanto, ajeno a que le seguían los pasos, esperaba en un rincón del pasadizo a que sonase la explosión que le indicaría que habían finiquitado sus enemigos.



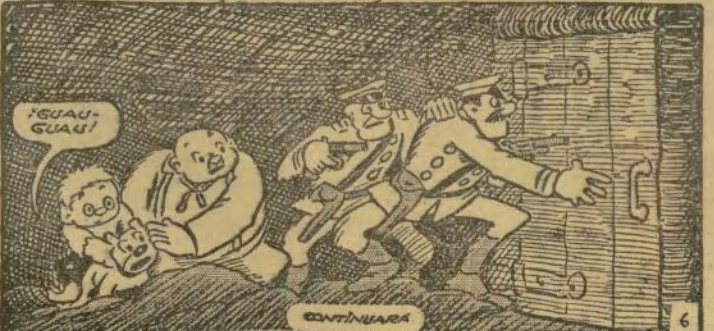
Pero bien pronto el feroz bandido sintió pasos en el corredor, y descubrió a los heroicos policías y demás compañeros, que proseguían su marcha con un valor como para ellos solos.



El feroz bandido dió un salto del tamaño natural, y empujando su revólver, que siempre le acompañaba, disparó sobre los heroicos policías, en tanto que agarraba el maletín del tesoro.



Los heroicos policías no se amilanaron, porque por algo eran policías y además heroicos, y con pulso firme dispararon a su vez contra el feroz bandido, que bramaba de ira.



Mas a pesar de los disparos de sus perseguidores, el feroz bandido consiguió llegar al final del corredor y ganar el campo, dejando encerrados a los policías en el fatal corredor.

BAJO EL IMPERIO DEL TERRORE

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO.

CAPITULO XXII Persecución tenaz

Para conocer la situación de Gerardo y comprender lo que le había sucedido tenemos que retroceder a momentos ya narrados en nuestra historia.

Cuando el ciudadano Bohin apeló al infame recurso de hacer hablar a Emilio, echando en su bebida un fuerte excitante, pudo averiguar el nombre de la calle donde estaba la casa a la que los jóvenes querían dirigirse al venir a París, que era, precisamente, la de la marquesa de Lacy. Y así fué que, inmediatamente, el aristócrata

renegado se dirigió a ella al anochecer, y fue llamando una a una en todas sus puertas.

Por fin dió con la que buscaba. Ya vimos que Gerardo salió a abrir pensando que llamaba su amigo Alfredo. Ambos reconocieron en seguida, y Bohin preguntó a bocajarro:

—¿Es el caballero Gerardo d'Auteil al que tengo el honor de hablar?

—Te equivocas, ciudadano; soy el ciudadano César Journard, miembro del club de los Jacobinos.

—Bueno: ese es tu disfraz; pero tu verdadero nombre es Gerardo d'Auteil, sobrino de la marquesa de Lacy.

Convencido Gerardo de que estaba descubierto,



arrojóse sobre su enemigo, y entablóse una lucha sorda, de la que hubiera salido mal parado el ciudadano Bohin, si al ruido no hubieran acudido en su socorro los dos colegas revolucionarios que habían apresado a Emilio y que se habían quedado esperando en el jardincillo. La lucha era desigual. Afortunadamente entraba entonces en el jardín un vecino, con cuya ayuda pudo Gerardo zafarse de sus contrarios y huir, aunque perseguido de cerca por sus tres enemigos y por una patrulla que entonces asomó por el extremo de la calle.

Después de larga carrera y de varios recortes por callejuelas intrincadas, pudo por fin entrar en

un portal y escribir una nota de aviso para su tía, enviándola luego por un niño, al que logró decidir con algunas monedas.

Pensó luego dirigirse al huerto del tío Hilario para esperar la llegada de su tía, pero en aquel momento volvió a oír cercanos los pasos y voces de la patrulla que le perseguía, y esto le obligó a emprender de nuevo la fuga sin rumbo fijo, durante la cual tropezó con Víctor y le ordenó regresar a casa inmediatamente, como hemos visto.

Un cuarto de hora estuvo corriendo, sin encontrar una casa abierta donde poder refugiarse. Y le pasó al fin lo peor que le podía pasar, y fué



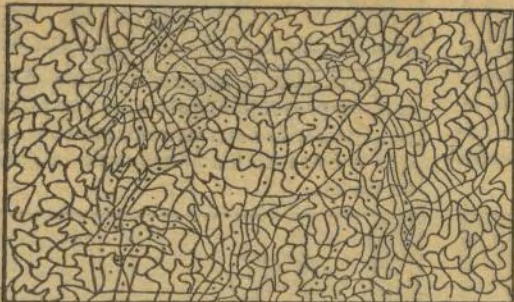
que, viniendo otra patrulla por el extremo opuesto de una calle larga y estrecha, se encontró entre dos fuegos sin escape posible.

¿Qué hacer? El único recurso que se le ofreció fué tirarse en el suelo y a gatas ir a acurrucarse en el rincón formado por una casa que salía tres o cuatro pasos del nivel de la contigua. En el momento de arrimarse contra el ángulo entrante, sintió que sus manos se hundían en el suelo, como si hubiera un hoyo. Comenzó a escarbar y halló que se abría el respiradero de un sótano. En el acto resolvió descolgarse por él y hundirse por escotillón, fuese a caer donde fuese. La abertura estaba enrejada; pero los barrotes se habían oxidado y fácilmente cedieron al esfuerzo del joven.

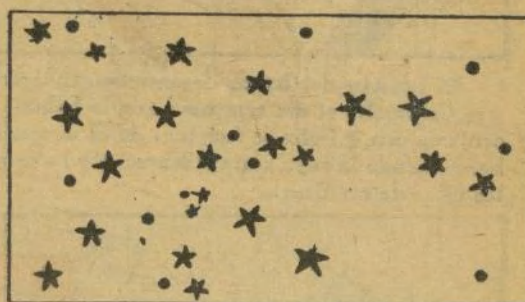
Escribióse, pues, con toda precaución, porque no sabía a qué profundidad se hallaría el suelo del sótano, y agarrándose de los barrotes se descolgó. Efectivamente, pudo comprobar que sus pies no tocaban en tierra. Temiendo que lo que había tomado por sótano fuese algún pozo, resolvió permanecer colgado mientras las dos patrullas, que venían en direcciones opuestas, se cruzasen; pero tardaron en emparejar más de la cuenta, y a Gerardo comenzaron a flaquearle los brazos. Cuando ya desfallecía, emparejaron por fin las patrullas, cabalmente delante del respiradero, y Gerardo, agotando su resistencia, pudo oírles darse el santo y seña y toda la conversación que sus jefes entablaron.

(Continuará)

PASATIEMPOS



Rellenad de negro los espacios señalados con puntos, y haréis un precioso dibujo.

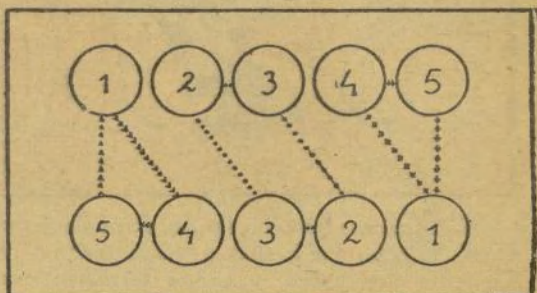


Hay que trazar cuatro líneas de forma que dividan al dibujo en once espacios y que en cada uno de éstos quedan dos estrellas y un punto.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR

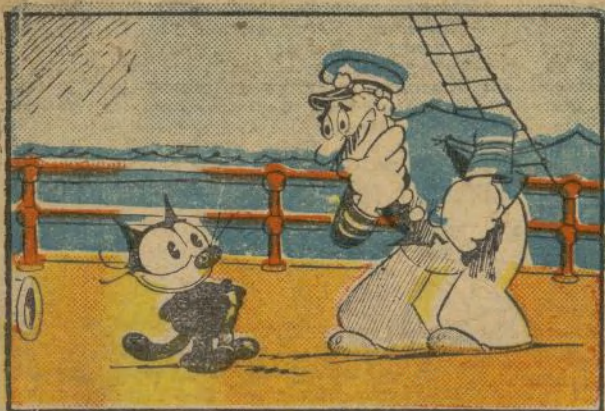


Las flechas os indican dónde están las tres niñas que se habían escondido.



Ved cómo se han formado los dos triángulos y el cuadrilátero, y cómo suman diez los números de los vértices de cada una de las tres figuras.

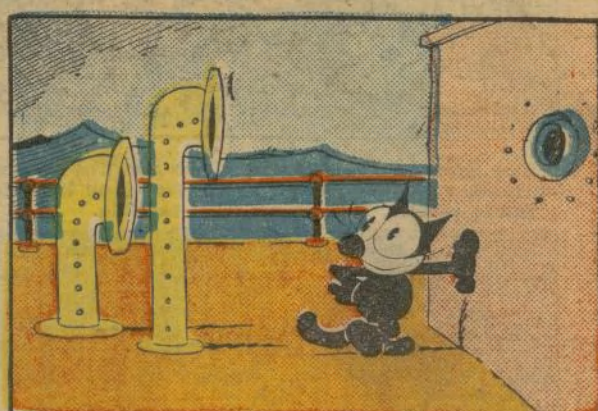
ANDANZAS DE GATO FELIX



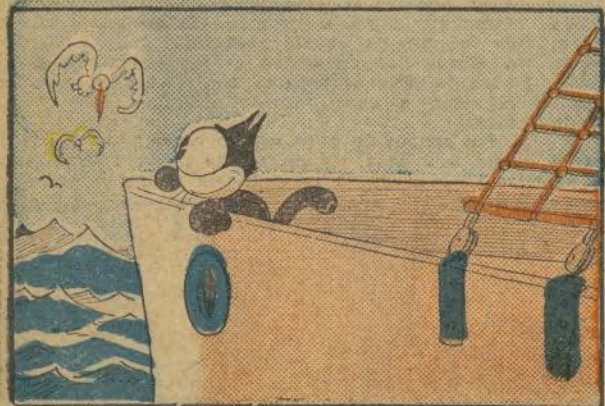
El capitán se encaprichó del gato de tal manera, que si Félix hubiera desaparecido el marinero se habría llevado un disgusto más grande que si le hubiera tocado el gordo de Navidad en un vigésimo falsificado.



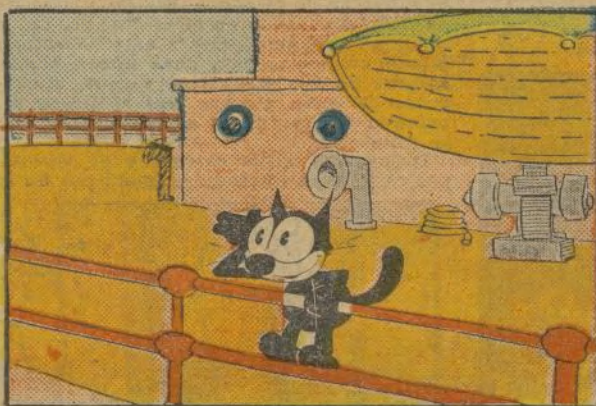
El buen hombre comenzó a pensar con deleite en la satisfacción que experimentaría su amantísima esposa y sus diez y siete hijos cuando le vieran llegar con aquella preciosidad de gato, que era más bonito que un amanecer.



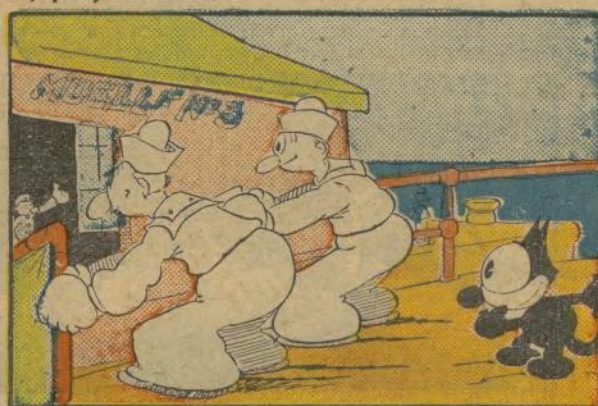
Y Félix, desde aquel día memorable, fué tratado a cuerpo de monarca, que es la manera más fina de decir a cuerpo de rey, y su satisfacción era tan grande como siete dirigibles o como la cabeza de Bimbe-te, que ya es decir.



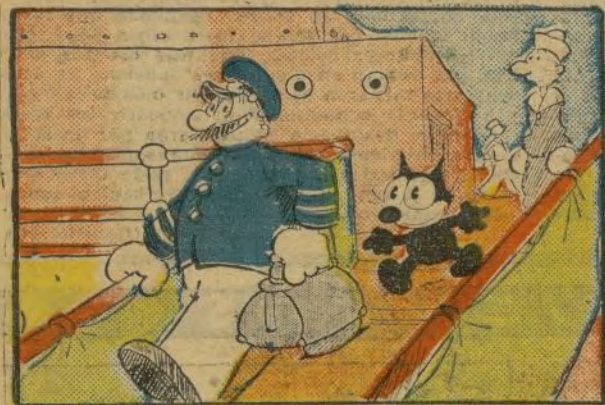
Y día tras día el gato avizoraba el horizonte con los ojos puestos en la borda y las manos en el infinito, digo no, al revés, que me he equivocado, lo que tenía en la borda eran las manos y avizoraba con los ojos.



Y de pronto un día, con la misma emoción que si hubiera visto crecer una farola en un tiesto, vislumbró a lo lejos un punto, que primero parecía un grano, después un forúnculo y más tarde resultó ser la tierra deseada.



Veintisiete minutos, cinco segundos, tres quintos y cabo de trompetas más tarde el muelle atracaba en el buque, digo el buque atracaba en el muelle y las anclas echaban a los marineros, o los marineros echaban las anclas.



El capitán del barco desembarcó más arrogante que Cagancho el día que soñó que le habían dado la oreja de oro, y Félix se fué tras de él después de haberse sacado la raya con un serrucho y haberse hecho las uñas de manicura.



Con toda la solemnidad que el caso requería, el capitán presentó el gato a su amantísima esposa, y no se lo presentó a sus amantísimos diez y siete hijos porque a estos no les había dado la gana ir a esperar a su padre.



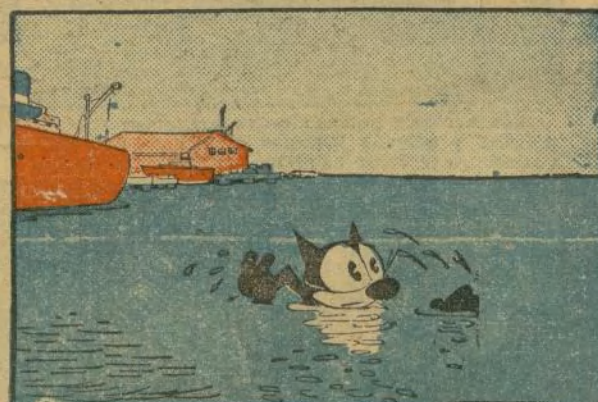
Pero cuando ya se sentían felices, ella pensando en su esposo y él pensando en la paliza que les iba a dar a sus diez y siete hijos, llegó el aduanero, que era más feo que una exposición, y les echó el alto.



El aduanero les echó el alto, como decíamos, pero luego les echó una bronca de aupa por pretender pasar gato por liebre, y exigió terminantemente, y con algunos insultos, el pasaporte y la cédula del minino.



Y como Félix no tenía en regla la partida de bautismo, el de Aduanas decidió romperle el bautismo, y le dió la partida en mitad del cu...erpo, echándole al agua y murmurando: "Toma, por polizón"



Félix comprendió que si no nadaba se iba a ahogar, y como era preferible nadar antes que ahogarse, se puso a mover las tabas, y de esta manera nuestro queridísimo gato pisó por fin la tierra firme tan deseada.

(Continuará.)